

MIRADAS PERDIDAS

Marta Sebastián Pérez



MSP



Marta Sebastián Pérez

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Miradas perdidas*

© Marta Sebastián Pérez

Primera edición: *julio 2017*

Corrección: *Correctivia*

Diseño de portada: *Yeivit*

Maquetación: *Trabajobbie*

*A menudo encontramos nuestro destino
por los caminos que tomamos para evitarlo*
Jean La Fontaine

*El destino es el que baraja las cartas, pero
nosotros somos los que jugamos.*
William Shakespeare

A todos los que crean su propio destino...
A mi *Ñaja*, mi hermana... porque sabe luchar
por las cosas que desea y no se rinde.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1: LAS NOTAS...](#)

[CAPÍTULO 2: ¿UN CHUPITO?](#)

[CAPÍTULO 3: DAVID](#)

[CAPÍTULO 4: LA CORBATA AZUL](#)

[CAPÍTULO 5: INSTINTOS](#)

[CAPÍTULO 6: REMIENDOS](#)

[CAPÍTULO 7: EL ESPEJO](#)

[CAPÍTULO 8: EL DESTINO](#)

[CAPÍTULO 9: SUEÑOS](#)

[CAPÍTULO 10: EL PRINCIPIO DEL FIN](#)

[CAPÍTULO 11: UN GOLF AZUL](#)

[CAPÍTULO 12: CUANDO TODO SE ACABA](#)

[CAPÍTULO 13: EL INFORME](#)

[CAPÍTULO 14: DONDE TODO COMENZÓ](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE MÍ](#)

CAPÍTULO 1: LAS NOTAS...

Llovía. Diluviaba de una manera casi apocalíptica. Normalmente le gustaba la lluvia pero precisamente ese día no estaba de humor. Había tenido que llevar el coche al taller. Sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo al recordarlo. Si solo hubiera sido el cristal y los faros rotos se hubiera cabreado, y ya está. Pero esa maldita nota insertada en el parabrisas la hizo estremecer. Había sido lo primero que le había llamado la atención al ver su coche aparcado en el parking. El brazo del limpia estaba roto, apuntando al cielo, con la nota clavada como si la estuvieran apuñalando.

La editorial le había ofrecido un coche mientras el suyo estaba en el taller. Nadie se explicaba cómo era posible que alguien entrara en el garaje de las oficinas durante la mañana y, a plena luz del día, hubiera hecho todo eso sin que el guardia lo viera.

Les había dicho que no hacía falta. Y ahora se regañaba a sí misma. Ella y su maldita autosuficiencia. Aunque no era solo eso. No podía quitarse la idea de la cabeza de cómo habría entrado esa persona al parking privado de la empresa. Tenía que ser alguien de dentro. Prefería moverse en taxi o en transporte público.

Se sonrió a sí misma. Se puso la capucha y salió del edificio con paso decidido. No iba a dejarse llevar por el miedo. Se negaba en redondo. Atravesó la plaza y se dirigió a la calle principal. Se volvió para mirar hacia el alto edificio que rasgaba el cielo de Madrid. Varias ventanas estaban iluminadas. Un escalofrío le erizó los pelos de la nuca. Otra vez esa maldita sensación de que alguien la observaba. Por mucho que aquel policía le hubiese quitado importancia diciéndole que había sido un simple acto de van-

dalismo... Ni siquiera había cambiado de opinión cuando le había dicho lo de los *mails* y mostrado la nota.

Un rayo iluminó el cielo. La tormenta iba enfureciéndose por segundos. Decidido. Cogería un taxi. Si no, llegaría aún más empapada a casa y ya lo estaba bastante. Además, necesitaba llegar pronto, darse una ducha, ponerse algo calentito, hacerse algo rápido para cenar, tirarse en el sofá, bajo la manta y ver algo ligero en la televisión.

No tardó mucho en parar un taxi. Y antes de lo que esperaba había atravesado Madrid y el coche se paraba delante de su portal. Agradeció que el hombre no se hubiera empeñado en mantener una conversación. No tenía ganas. Solo quería quitarse sus zapatos y olvidarse de todo.

La tormenta había ido aumentando desde que había cogido el taxi. Corrió hasta el portal. Lo abrió y se sacudió levemente. Estaba helada. Vio que tenía el buzón lleno. Cogió todo lo que había sin mirar y subió a su casa. Tiró el correo encima de la mesa y se dirigió directa a la ducha. El agua caliente sobre su cuerpo la relajó y le hizo olvidarse de todo. Enfundada en su albornoz se dirigió a la cocina. Pilló una cerveza del frigorífico y volvió al salón. Una de las mejores cosas de vivir sola era poder andar el albornoz o en ropa interior por la casa. Algo bueno tenía que tener esa maldita soledad.

Su vista fue a parar a una foto y notó cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. No había podido superar aún su ausencia. Todo el mundo le decía que tenía que seguir con su vida, que ya habían pasado tres años. Pero ella no conseguía olvidar esa trágica noche en la que ese maldito coche la había arrasado. Su relación con David no había sido un lecho de rosas. Pero ninguna que mereciera la pena, lo era. Incluso lo habían dejado por un tiempo. Incluso ella había creído volver a enamorarse de otro en ese tiempo. Pero desde que habían vuelto no tuvo la menor duda de que estaba loca por David. Y de pronto... Casi dos años después de su reencuentro...

Suspiró. Bebió un trago y se echó la bronca. Sabía que tenía que salir de su cascarón. Pero no era fácil. No era

una monja ni muchísimo menos. Pero solo buscaba sexo. No quería nada más. Y algo que, en principio parecía tan fácil y perfecto para muchos hombres, no lo era tanto en realidad. Al principio todos estaban encantados. Sexo sin compromiso, sin ataduras, sin peleas de enamorados, sin tener que guardar fidelidad... Y luego decían de las tías. Lo que más le hacía gracia era cuando le decía eso de "no quiero hacerte daño". ¿Daño? Como si tuvieran el poder de hacerle daño. Engreídos.

Le dio otro trago a la cerveza y empezó a mirar el correo. Cartas del banco, publicidad, una revista a la que estaba suscrita... Y de pronto un folio cortado por la mitad. Le temblaron las manos. Se levantó y comprobó que la puerta de su casa estaba cerrada. Se quedó apoyada en ella mientras intentaba tranquilizarse. En unas horas había pasado de enviarle *mails*, a destrozarle el coche dentro de un parking privado y a dejarle una nota en el buzón de su casa... Vale, si la policía no hacía nada ella estaba convencida de no querer tener miedo. Quizás tuvieran razón y fuera una tontería, pero no se iba a arriesgar. Cogió su teléfono y buscó el contacto que buscaba. Suspiró, miró la hora. No. No era muy tarde. Volvió a suspirar y marcó el número.

Estaba agotado. Agotado física y mentalmente. Firmó los últimos documentos y los metió en la carpeta. Terminó de imprimir las fotografías. Cogió una de ellas antes de meterlas en la carpeta. Se sonrió a sí mismo. Si querías ponerle los cuernos a tu pareja le parecía perfecto, él no era precisamente un monje de clausura, pero al menos hazlo con cuidado. Sobre todo si estás casado y no tienes separación de bienes. Mejor para ella. Y para ellos, claro. Un cliente contento era siempre un cliente generoso.

Comenzó a sonarle el móvil. Lo miró con pereza. Estaba casi seguro de quién era. Silvia. Su chica. Uff... No le apetecía nada hablar con ella en ese momento. No era que

no la quisiera. Claro que la quería. Y era agradable estar con una chica como ella. Era divertida y alegre. Además de muy hermosa. Era quizás una de las chicas más guapas que había conocido. Tenía el pelo rubio y ondulado. Y unos ojos verdes preciosos. Era alta y delgada. Se machacaba muchísimo en el gimnasio. Y cuidaba mucho su alimentación. Una chica sana. Tanto que le tenía prohibido fumar. Y él respetaba su prohibición... Cuando estaban juntos.

Suspiró. Era ese caso. Quizás esa profesión. Escarbar en la miseria de la gente le había vuelto un cínico. La mayoría de sus trabajos trataban sobre infidelidades, parejas que acababan odiándose... Ya podría tocarle algo más interesante, algo más entretenido que dedicarse a pillar maridos infieles.

Miró el móvil. Debería llamarla. Ir a verla. Ir a cenar fuera. O pedir algo y ver una película. Ese era un plan que siempre apetecía. Miró por la ventana. Diluviaba. Y lo que más le apetecía en esos momentos era salir con sus amigos, emborracharse... No pensar. No tener que hacerse el sueco ante las indirectas de Silvia sobre cuándo vivirían juntos.

Ya había vivido con diferentes novias y había salido escaldado. No quería volver a precipitarse. Quizás no era justo con Silvia, pero todos acabamos pagando las cicatrices que dejan otros en la persona con la que estamos.

Los golpes en la puerta de su despacho le sacaron de sus pensamientos. Gómez entró en su despacho, con timidez, casi pidiéndole permiso.

—Hola Raúl, ¿Cómo vas?

Levantó una ceja. Le conocía lo suficiente como para saber que esa cordialidad era porque estaba pensando en un nuevo trabajo para él. ¿Qué sería? Por favor, no quería otra mujer de cuarenta años que quería desvalijar a su marido. Conociéndole como le conocía sabía que daría mil vueltas antes de proponérselo. Era un buen chico y un gran trabajador. Pero como jefe le faltaba mucho por aprender. Parecía querer quedar bien con todo el mundo. Y no com-

prendía que era el jefe y que tenía que dar órdenes de vez en cuando, con firmeza y autoridad.

–Terminando los últimos detalles del caso Armendariz.

–Muy bien. La señora está muy contenta con el resultado.

A eso le llamaba él amor. Sí. La mujer se entera de que su marido le pone los cuernos y ella está contenta porque le va a sacar una pasta en el divorcio, sí. Aunque bueno, si hubiera sido feliz en el matrimonio no hubiera contratado ningún detective, ¿no?

Gómez recorrió la mesa con la mirada. Como buscando algo de lo que hablar. De pronto su mirada se iluminó. Raúl le siguió la mirada. Se había parado en el libro que había sobre la mesa.

–¿Qué tal está?

–Es entretenido.

No le gustaba hablar de ese libro. No le gustaba hablar de la autora. Le retorcía el cuerpo. Tanto ella como su forma de escribir. Y el tema... No podía evitar pensar en cuánto de autobiográfico habría en esa historia.

–Tengo entendido que es el segundo libro de la autora, ¿no?

–Sí.

Cogió el libro y le guardó en un cajón. Eso le pasaba por tenerlo encima de la mesa. Si es que en el fondo era *masoca*. Gómez parecía un poco más tranquilo. Como si estuviera más seguro de lo que tenía que hacer.

–Entonces, está ya terminando el informe, ¿no?

–Sí. Hoy mismo, antes de irme, lo tendrá encima de su mesa.

–Muy bien, muy bien. Justo a tiempo.

–¿Justo a tiempo?

–Tenemos un nuevo trabajo y creo que serás el indicado.

No le dejó responder. Simplemente se dio la vuelta y se marchó a su despacho. Le siguió con la mirada. Luego se encogió de hombros y volvió a centrarse en terminar lo

poco que le quedaba. Quería terminar pronto. Cogió el móvil y le mandó un mensaje a su grupo de amigos. Simple y conciso: “¿Unas cervezas?”

Llegaba tarde. No solía llegar tarde pero, al final, la noche se había alargado más de la cuenta. Tras las primeras cervezas habían llegado muchas otras... Y habían acabado a las tantas. No sabía por qué pero esa noche había vuelto a necesitar alguna copa de más. Estuvo tentado de llamar a Silvia y acabar con ella la noche. Pero no le apetecía. Prefería estar solo. No le apetecía que Silvia le comiera la cabeza sobre el mismo tema de siempre.

Llegaba tarde. Y la reunión debía de haber comenzado. Un nuevo cliente. Vaya impresión le iba a causar. Y encima no había podido echarle un vistazo al informe para ir informado sobre el caso. No podía ser. Era algo que no solía pasarle. Pero los sueños de esa noche le habían dejado agotado. Necesitaba un café bien cargado. Solo. Con dos de azúcar. Esperaba que la reunión terminara pronto. Y que fuera un caso facilito.

Abrió la puerta de la sala de reuniones. Gómez le miró fijamente a los ojos, echándole la bronca significativamente. Miró a su alrededor. No vio al cliente.

–Está en el servicio. Justo hoy tienes que llegar tarde, ¿no?

–He tenido un problema con el coche...

–Bah, da igual. Toma el informe.

Se acercó a la mesa y se sentó. Justo cuando cogía el informe oyó cómo se abría la puerta. Miró el nombre que había en una esquina de la carpeta. No podía ser. De pronto comprendió porqué Gómez se había sonreído al ver el libro de encima de la mesa. Aldara Pérez. No podía haber muchos nombres iguales. Levantó la vista y la vio. Ella le miraba fijamente. Increíblemente también. ¡Qué ojos tenía! Mira que eran marrones, pero tan grandes, tan expresivos... Es-

taba más guapa de lo que él recordaba. Estaba más delgada. Y más morena. El pelo negro, cortito, despeinado. Ligeramente maquillada. Iba con un vestido largo, ajustado en el pecho y luego suelto.

—Raúl, te presento a Aldara Pérez. Creo que no hace falta que te diga que es la autora del libro que estás leyendo.

—Gracias Javi, pero no hace falta que nos presentes. —*¿Y esas confianzas para llamarle por su nombre?* No recordaba que ningún otro cliente le llamara por su nombre de pila en vez de por su apellido—. Hola Raúl. Cuanto tiempo. *¿Qué tal todo?*

—¿Os conocéis?

—De otra vida.

No había conseguido articular palabra. Estaba anonado mirándola. Tenía que recomponerse. Ella parecía mucho más segura que él en esos momentos. Se levantó de su silla y se acercó para darle dos besos.

—Hola Aldara. *¿Qué tal? Estás guapísima.*

Ella medio sonrió y agachó levemente la cabeza, creyó ver cómo se sonrojaba. Se puso de pie. Le puso la mano en el hombro y le dio dos besos. Notó el escalofrío que le producía volver a verla y tocarla. Suponía que era normal, ¿no? Era lógico. Al fin y al cabo, hubo algo especial entre los dos. Aunque, como había dicho Aldara, le daba la sensación de que había sido en otra vida.

—Gracias. No sabía que trabajabas aquí.

—Empecé hace cuatro años.

—Sí, y es uno de nuestros trabajadores más eficaces. Como ya te he dicho antes, estarás en muy buena manos.

Gómez intentaba meterse otra vez en la conversación. Los miraba fijamente a los dos. Seguramente preguntándose qué habría entre ellos. Aldara sonrió con dulzura a Gómez. Se separó de él y se sentó en una de las sillas de la mesa de reuniones. Él se sentó en la suya. Miró la carpeta de encima de la mesa. Recordando de golpe que Aldara estaba allí en calidad de cliente, ¿qué le pasaría?

—La señorita Pérez.

–Javi, por favor, nos conocemos todos. Así que... mejor Aldara.

–De acuerdo, Aldara. –La miró fijamente. Una de las normas de la empresa era no familiarizarse con los clientes, ¿De qué se conocían?–. Como ya sabes es una escritora de éxito.

–Tampoco exageres.

–Así no terminamos nunca. –Aldara medio sonrió, bajando la mirada como si fuera una niña pequeña a la que echaban la bronca en clase... Seguía como siempre–. Pues como te decía, Raúl, Aldara ha empezado a recibir anónimos.

–Es una tontería. Seguro que no soy la primera escritora que los recibe. Pero es que comenzaron llegando al *mail* de la editorial, lo cual no me asusto porque pensé que era un loco. Pero al poco empezaron a llegar a mi *mail* personal y, en los últimos días, me he encontrado sendas notas, una en el parabrisas de mi coche; el cual, por cierto, destrozaron. Y la otra en el buzón de mi casa.

–¿Has acudido a la policía?

–Sí, claro. Pero... dicen que si no hay amenazas claras de muerte o cosas por el estilo no pueden hacer nada. Quizás tengan razón y sea una exagerada. Pero... prefiero asegurarme.

Aldara le miró. Tenía miedo. Sus pupilas temblaban perceptiblemente. Tenía ganas de alargar la mano y coger la suya. Pero sabía que eso no era profesional. Bajó la vista hacia el informe y puso la voz más seria que pudo.

–¿Qué ponía en las notas?

Aldara abrió su bolso y sacó una bolsita de plástico con cierre hermético. Dentro había dos notas. Se sonrió. La proliferación de las series de detectives, policías y demás tenía sus cosas positivas y negativas. Por desgracia, en su trabajo se había encontrado con mucho listillo que creía que sabía más que ellos solo por haber visto CSI. Pero comprendía la iniciativa de Aldara y no era para nada negativa. Las dos notas eran iguales y con el mismo texto. Folio normal. A ordenador. Esperaba algún escrito ordinario y de

carácter sexual, por lo que le sorprendió lo que allí había escrito.

“Las mujeres no deben ser iluminadas ni educadas de forma alguna. De hecho, deberían ser segregadas, ya que son causa de insidiosas e involuntarias erecciones en los santos varones”

No pudo evitar sonreír ante la última parte del texto. Gómez le miró. No iba a explicarle por qué sonreía. Aldara también se había percatado de su sonrisa pero, si le había molestado o si entendía el motivo de su sonrisa, no hizo el menor gesto.

–Lo he buscado en Internet. Es de San Agustín.

–¿La Biblia? ¿Un texto religioso? Quizás algún creyente enfadado por tu libro. En él hablas del aborto. A lo mejor alguna asociación pro-vida.

–Eso es lo que he pensado. Bueno, más que una asociación... Un loco suelto.

–Y ese es tu trabajo, averiguar quién es y si es peligroso o no. Por eso es bueno que la acompañes a los actos públicos que tiene previstos. Quizás el responsable de esos anónimos esté allí. Si es por el libro, tendría sentido, ¿no?

–Es posible.

–Bueno, yo os dejo, para que te dé más datos y demás. Cualquier cosa que necesitéis... ya sabéis dónde estoy... –Gómez se levantó de su silla cogiendo sus cosas. Luego les miró fijamente y continuó hablando–. Raúl, ¿puedes acompañarme un momento fuera? Si no te importa, Aldara.

–Claro que no.

Raúl se levantó extrañado. Salió del despacho seguido por Gómez. Vio cómo este se despedía de Aldara dándole un beso en la mejilla, y salía cerrando la puerta tras de él. Luego le miró fijamente. Incómodo. Adivinó lo que estaba pensando antes de que se lo dijera. Igualmente permaneció mirándole fingiendo desconcierto.